

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et justitiae partes tuendas suscepistis...

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus, ut vos in proposito confirmet. —Pío IX, al Director y Redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, Rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbitero.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

París, 18, á las cinco de la mañana (recibido el 19).—El ministro de Estado Rouher ha pronunciado en Nanteo, con motivo de la inauguración de la estatua del Sr. Billaud, ministro de Estado que fué, un discurso, cuyas miras pacíficas han sido muy bien acogidas.

Florenca, 17.—Las tropas italianas guardan con la mayor vigilancia las fronteras romanas para impedir toda tentativa de Garibaldi.

París, 19.—Las últimas noticias de Méjico dicen que el general Carlos Miramon, á la cabeza de 3,000 hombres, hizo fusilar á 90 liberales para vengar la muerte de su hermano.

Turin, 18.—El célebre húngaro Kossuth ha publicado una carta para desmentir las aserciones de La Prensa de Viena. Declara que nunca hará pactos con Rusia, quien se volvería el verdugo de Hungría, como lo fué de Polonia.

Berlín, 18.—El Reichstag ha elegido presidente al Sr. Simson, primer vice-presidente al duque de Ugest, y segundo al Sr. Bennigsen. Es la misma mesa que había durante el congreso anterior.

Ha sido presentado á la Cámara un proyecto de organización militar y otro sobre marina. Se ha nombrado al conde de Othon gobernador de Hannover, convocándose los Estados generales hannoverianos para el 21 de Setiembre.

Berlín, 17.—El Rey ha presidido hoy una sesión del Consejo federal, á la que han sido invitados diversos diputados del Reichstag y los hombres de confianza del Holstein.

El Rey sale esta noche en un tren especial para Fraucfort, donde llegará el miércoles por la mañana.

El Rey pasará revista el día 20 á la guarnición de Rastad (Baden).

Bruselas, 17.—El Monitor belga publica una lista de variaciones en el personal del cuerpo diplomático. El Sr. Augusto d'Aeneau, consejero de legación en París, ha sido nombrado ministro residente en Lisboa.

Constantinopla, 16.—Han llegado á esta capital el general Ignatiéff y el gran duque Michel. Se asegura que han estallado algunos disturbios en Epiro y en Thesalia, donde había gran sobrescitación.

Augsburgo, 18.—La Gaceta de hoy publica una circular del conde de Bismark, en la que se muestra satisfecho de las esplicaciones de Francia y Austria sobre la entrevista de Salzburgo.

Berlín, 18.—Las elecciones para el Parlamento del Norte en las provincias anexionadas se verificarán en el mes de Octubre.

El Diario Español ha recibido correspondencias de Veracruz, en las que se hace la triste pintura de la situación de Méjico. Aunque pueda haber alguna exajeración en estas noticias, ofrecen bastante interés. Dicen así:

Mal lo pasaría el que dijese que una brigada del general Losada á las órdenes del general Chacon, derrotó y quitó toda su artillería al general Juarista Corona; que el general Galvez pasó á cuchillo una partida de 40 á 50 hombres que pasaba por las inmediaciones del monte de las Cruces, que solo dista siete leguas de Méjico; que este mismo general Galvez entró en Laredo, pueblo cercano á la capital, y sorprendiendo la guarnición, pasó á cuchillo más de 200 hombres, y se la agregaron unos 400; que el general E. Carrillo anda con 600 caballos entre Orizaba, Jalapa y Córdoba; que generales amenaza á Monterey, y Negrete merodea por Matamoros; que el coronel B. Vargas entró en Hidalgo, ahorcó á los individuos que componían el ayuntamiento, y por ahora, se conformó con fusilar el retrato de Juárez; que los dos vicarios ocupan una gran parte del departamento de Guerrero, y que por el mismo andan los coronales D. Carlos Miramon, D. Abraham de la Peña, y un hijo del general D. Tomás de Mejía con una brigada de más de 2,000 hombres, atacando serias ventajas sobre la chusma, y vengando la muerte de sus hermanos en cuantos agraran servidores de Juárez; que el general Marquez tiene una fuerte columna de 6,000 hombres, y á última fecha salían de la capital 9,000 para atacar, unos decían que á Miramon, y otros que á Marquez: las partidas de menor cuantía son numerosas.

Hemos dicho y sostenemos, escribe la Epoca de París, que se han cambiado frecuentes despachos entre Inglaterra y Francia á propósito de la cuestión de Oriente. Tenemos motivos para creer que el pensamiento político de la Inglaterra se resume así: la Gran-Bretaña se cuida poco de la existencia del Imperio otomano, pero prevé que si la Puerta se debilita, la Rusia amenazará sus provincias asiáticas, y el Egipto será bien pronto absorbido.

La Italia dice que el 17 salió Garibaldi de Domodossola y se dirigió á Belgrate, pasando por Novara. A los habitantes de Belgrate les dirigió como de costumbre, ó más bien como de vicio, algunas palabras sobre la necesidad de que Italia tenga en Roma su capital natural. El 15 á las once estaba en Novara, y se le esperaba en Florenca de un momento á otro.

Como dijimos ayer, el décimo octavo Congreso de las asociaciones católicas de Alemania ha terminado el 12 de este mes su cuarta y última reunión. Los miembros de ella celebraron el mismo día un banquete de 250 cubiertos.

Más de 2,000 personas asistían al espectáculo de esta fiesta, destinada á estrechar los lazos de la unidad de la fé católica.

La situación de Sicilia es cada día más grave y hace presenciar acontecimientos muy serios y tal vez próximo en la Italia meridional. En Palermo y otras ciudades de Sicilia se está firmando una exposición al Rey, en la cual se lee lo siguiente:

«En nueve meses hemos tenido dos epidemias y una guerra civil. En vano nuestros representantes en el Parlamento han reclamado auxilios para Sicilia, y ahora vuelve sus ojos á V. M. Es inmi-

nente una gran crisis comercial, y para evitar sus desastres, pedimos trabajo en las obras públicas. Sólo deseamos, señor, pa para nuestros hijos, y que se tomen las precauciones debidas para que la epidemia no venga á asolar de nuevo nuestros campos y nuestras ciudades.

Es imposible en menos frases pintar una situación con más tristes colores. Hé aquí lo que Sicilia ha ganado con perder su antigua independencia y la prosperidad de que venia gozando en otros tiempos. En Nápoles la situación, sin ser tan grave, es crítica también.

La France inserta un artículo de uno de sus más importantes redactores, en que juzga el estado de la opinión pública en el vecino imperio. Después de manifestar que el Emperador conserva toda su influencia y su popularidad, añade, sin embargo, lo siguiente:

«No quiere esto decir que en los puntos que yo he recorrido desde los Alpes hasta las fronteras del centro no se tenga la conciencia de que es algo difícil la situación. Se habla de Méjico con dolor y de Italia y de Alemania con desconfianza. Se ve en esa dominación que se ha impuesto violentamente sobre el Rin y sobre el Elba, y que avanza cada vez más sobre el Rhin, un motivo de preocupaciones para el patriotismo francés, al mismo tiempo que una fuente de perturbaciones para la Europa. No es un optimismo ciego el que mantiene las poblaciones en su adhesión al imperio, sino un sentimiento más elevado, el de la confianza en su fuerza como en su firmeza y prudencia.

«¿Quiereis una prueba de eso? De todos los discursos que se han pronunciado, el más aplaudido ha sido el de Lille. ¿Por qué? Evidentemente, porque es el más verdadero.

Aquel acento noble y varonil con que el Emperador ha reconocido nuestros reveses ha satisfecho al buen sentido público, afirmando el sentimiento nacional. Convencidos de ello, mi querido director, lo que más aprecia el espíritu de nuestro país, es la actitud sencilla y franca de un Gobierno que conoce su fuerza y que no necesita disimular los hechos y los peligros para conservar su autoridad.

Así es que los antiguos partidos no existen ya casi más que en la memoria. Frente á frente de un poder de tan ancha base, no hay terreno para ellos. No quedan ya más que dos notabilidades muy respetables, pero detrás de las cuales no hay ejército alguno.

Este cuadro no sería exacto si no hiciera una escepcion para el elemento democrático. Este elemento, que representa mas bien aspiraciones sociales que ideas políticas, se estienda, se organiza y se disciplina por todas partes. No domina solamente en París, sino que gana grandes ciudades industriales y se escribe desde cerca de una ciudad, Limoges, que ha hecho entrar su candidato en el Consejo general.

Frente del imperio no hay, pues, mas que un partido activo y temible; el democrático avanzado: los demás no tienen vitalidad sino porque la toman de una oposición común.

La consecuencia de esta situación es grave y no se oculta á nadie en este mundo práctico y sensato donde los intereses conservadores son tan vivos; si la oposición aumentase y derribase al Gobierno, no sería por los antiguos partidos que pudieran dirigirla y aprovecharse de esto, sino por el partido democrático solo que se pondría á la cabeza del movimiento y que llevaría á la sociedad francesa en el orden económico, como en el político y religioso, á las aplicaciones como en la solución radical que quiza á las negaciones desconsoladoras que cierta escuela, mas temible en provincias que en París, trata de hacer descender hasta á los últimos grados de la democracia.»

Florenca, 14 de Setiembre.—Garibaldi, advertido á tiempo de la borrasca popular que se preparaba contra el Congreso de la paz, ha tenido el cuidado de evadirse de Ginebra antes de la explosión. Y digo evadirse, porque ha partido en secreto. Hemos sabido su llegada á Belgrate, en el lago Mayor, pero desde entonces no hemos recibido más noticias de él. Sin embargo, parece que no desiste de su empresa contra Roma á despecho de la intervención francesa abiertamente declarada desde que el Gobierno francés ha dado una como satisfacción á Italia, manifestando que la legión de Antibes es un cuerpo de ejército única y exclusivamente pontificio.

Los telegramas y despachos que han mediado entre Florenca y París sobre este punto, pueden resumirse en los siguientes términos: París: Pues to que lo queráis, dejo de considerar como francés á mis soldados de Antibes por no faltar al convenio de 15 de Setiembre; pero es preciso que los respetéis.—Italia: Los respetaré.—París: Es preciso respetarlos sinceramente, ó en otro caso, haré uso de la libertad de acción que me dá el convenio.

Garibaldi ha pernoctado en Domodossola, de donde ha venido á Belgrate esta mañana. Circulan toda clase de rumores contradictorios sobre la dirección que va á tomar.

Nótese que en Belgrate hay la familia del conde Uzedom, embajador de Prusia; que el embajador ha vuelto á partir de Berlín para ir á reunirse con la condesa; y que, por último, se sospecha que la Prusia simpatiza con Garibaldi para la expedición de Roma.

Es la segunda vez que Garibaldi va á Belgrate.

La Gazeta del Pópulo, de Florenca, dice que Garibaldi se propone pasar la frontera pontificia.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 20 DE SETIEMBRE DE 1867.

EL CONGRESO DE MALINAS.

ART. III.

Resta todavía hablar del Padre Jacinto, una de las notabilidades del tercer Congreso. La reputación de gran orador que tiene este hijo de Santa Teresa de Jesús, en verdad que es bien merecida: su discurso en la sesión del 6 de Setiembre por la tarde fué brillante, y quizá superior al sermón que al día siguiente predicó en la Catedral. En aquel discurso abordó la cuestión de los obreros, que se había debatido en el

Congreso con gran calor. Insistiendo en lo que habían convenido los principales oradores que tomaron parte en el debate, manifestó la obligación imprescindible que tienen los fabricantes católicos de educar á los obreros religiosos y moralmente, sin lo cual la posición de los trabajadores en las fábricas es por lo comun peor que la del negro. Con su elocuencia clara, al par que enérgica y sencilla, demostró el Padre Jacinto hasta la evidencia esta tesis aterradora, haciendo un paralelo que fué oído con dolorosa emoción por el Congreso. A los pocos años de nacer el niño es llevado á la fábrica, y por espacio de diez horas ó más, forma parte de una máquina, dedicado á un trabajo mecánico y embrutecedor: rómpense en él casi todas las relaciones con la familia, y teniendo padre y madre, es como si no los tuviera, pues ni le sirven para su desarrollo físico, ni para la educación moral: de este modo va creciendo hecho poco menos que un idiota, dispuesto por su inmoralidad y rudeza á servir de instrumento á las malas pasiones del que quiera explotarle en cualquier sentido. Consideró la educación del obrero cual debe ser en su familia, tasando el trabajo del niño de modo que no se rompan los lazos que le unen con ella: 2.º la educación fabril en el taller, y 3.º la educación religiosa por la santificación del domingo y el descanso conveniente dado al cuerpo en ese día.

Sin la santificación del domingo, dijo el Padre Jacinto, no hay en el obrero, ni reposo, ni moralidad, ni libertad, ni siquiera personalidad, pues no tiene un momento para conocer que es hombre, y no un pedazo de carne adherido á un pedazo de hierro ó de acero durante toda la semana. Lamentóse de lo que sucedía en Francia sobre este particular, añadiendo que nada debía esperarse en este asunto del Gobierno, ni de la violencia, sino de la libertad. Este fué el punto flaco del discurso: como la libertad sea la que ha de remediar estos males, puede echarse á esperar el Padre Jacinto hasta el día del juicio. Por otra parte, la acción de la ley humana apoyando á la divina, no puede ni debe llamarse violencia: entonces ¿para qué están los Gobiernos? ¿para qué tienen la espada, según la expresión de San Pablo, non enim in vanum gladium portat? El catolicismo es mas libre que todo eso; pues cuando el Gobierno deja de llenar su misión, se la recuerda y le exige el cumplimiento de su deber. En el materialismo grosero de que adolece la economía política moderna, se considera al Gobierno como el primer agente de lo que se llama la máquina administrativa. Esta idea baja y sórdida acerca del Gobierno es la que hoy día se dá á la juventud en cátedras y en libros; y así como al obrero lo convierte en un pedazo de máquina y le amarra á ella por espacio de doce horas todos los días, del mismo modo considera al Gobierno como el primer motor ó la primera rueda de una gran máquina. Los católicos tenemos una idea más elevada del Gobierno: por eso, respetándole á él, respetamos á Dios; non est enim potestas nisi a Deo; condenamos la revolución, qui potestati resistit, acloriatu Dei resistit, y queremos y exigimos la acción del Gobierno suave y enérgica, como la de la Providencia divina, que debe ser su modelo, pues de ella recibe el poder. Por ese motivo el Padre Jacinto nos perdonará el que no conveengamos con él en esa idea moderna individualista, y que exijamos la intervención del Gobierno eficazmente para la santificación del domingo á lo católico viejo y á la española. Lo mismo ha exigido Pío IX del Gobierno español este año, y con él me entiendo, como decían nuestros antepasados.

Eso no quita para que el discurso del Padre Jacinto sea una cosa admirable, y quizá impreso no tenga esa idea que pude formar en el acto, y que se desprende también de las palabras con que resumió el Boletín del Congreso: «Mais pas de violence, pas meme d'intervention legale de la part de l'Etat.»

Verum ubi plura nitent, cur ego paucis offendar maculis.

El discurso duró dos horas.

En el sermón del día siguiente, que duró una hora en la catedral, el Padre Jacinto habló de la organización de la Iglesia para resistir á los embates del siglo, terribilis ut castrorum acies ordinata. Consideró á los legos mismos formando parte del Regale sacerdotium (haciendo en esto algo de lo que llaman sus paisanos tour de force), y dando luego su lugar debido al Clero, al Episcopado y al centro de unidad, que es la Santa Sede.

Imponente y grandioso era el espectáculo que presentaba la Catedral de Malinas aquella mañana, y aquel escogido concurso de más de tres mil personas de todas clases y condiciones, pendientes de los labios de un pobre fraile carmelita descalzo, vestido de la grosera tela que á sus hijos legó la célebre española, y apareciendo con su hermosa figura por entre la montaña de madera y hojarasca que forma el púlpito de la catedral de Malinas. Al pie del púlpito, sentados en bien modestas sillas y con sencillez flamenca, estaban el Cardenal y los Obispos, y detrás de ellos, mirando al púlpito y no al altar, según el estilo de Francia y Bélgica, hombres y mujeres, clérigos y legos, escuchando con religioso silencio.

A las doce en punto concluyó el sermón: el Cardenal subió al púlpito y dió la bendición al Congreso. La multitud salió en seguida del templo, no sin dejar pingües ofrendas en las bandejas de las señoras, que en pie y vestidas con mucha sencillez, colectaban para los pobres socorridos por las Conferencias de San Vicente de Paul, sin el lujo que en esos casos suelen desplegar algunas de nuestras compatriotas, y sin ese ruido irreverente y grotesco que hacen al golpear en los platos, con la misma franqueza que si estuvieran en la cocina de su casa.

Poco rato después tuvo lugar el banquete por suscripción en el mismo gran salon del Seminario, bajo la presidencia del Cardenal. Se notó por cosa rara que el primer brindis ó toast lo dió el baron della Faille en honor de Pío IX; pero fué porque brindando luego el Cardenal por el Rey y la Real familia, se acordó adelantarse el primero. «Ahora, dijo el Cardenal, que tenemos la satisfacción de que el Jefe del Estado sea católico, sentimos un motivo más para brindar por su salud.» Mr. Falloux brindó en seguida por el Cardenal y el Episcopado belga, al cual dirigió largos encomios, suplicando al Cardenal que le hiciera diocesano suyo honorario. Esto no pasó de ser una galantería, pues si damos en la flaqueza de los diocesanos honorarios, habrá luego más cosecha de ellos que de canónigos honorarios.

También brindó el ministro de Estado Mr. Dechamps, y por cierto que su brindis fué bien desluchado y dijo cosas que hicieron poco menos que reír ó que rabiar. Los franceses, que en todas partes hacen de las suyas, se empeñaron en que brindara Mr. Dumostier, á pesar de que los brindis estaban arreglados de antemano por el comité. El rector del Seminario cedió el suyo al francés por no faltar al orden, y Mr. Dumostier, entre algunas palabras muy graves que dijo, manifestó que una cosa era ser libre y otra ser liberal; concluyendo con estas palabras: «al volver á nuestro país, digamos á los católicos: ¡sed libres, pero no seáis liberales!»

Para entonces ya se había marchado su eminenencia, y los convidados principiaron á desfilarse. Restame para completar mi reseña dar una rápida idea de los trabajos del Congreso y de lo que podemos llamar su fisonomía particular.

Las cuestiones principales que han ocupado al Congreso han sido las de instrucción, santificación del domingo, fomento de las obras de caridad, y armonía de relaciones entre los fabricantes y los obreros. En general todas las cuestiones han sido tratadas con cierta vaguedad. Se habían quejado algunos de que en el segundo Congreso se dieron ya las cuestiones resueltas y formuladas las resoluciones. Queriendo huir de este cargo, el comité dió varias tesis para el tercer Congreso, pero sin presentar resolución ninguna, y se ha caído en Escila huyendo de Caribdis, pues generalmente ó no se ha venido á parar á una resolución, ó ha sido á fuerza de tiempo y de trabajo, nombrando comisionados de las redacciones. Quejose de esto Mr. D'Hemptinne rico capitalista de Gante y uno de los primeros fabricantes de Bélgica, cuyo hijo mayor, á pesar de sus grandes riquezas, sentó plaza de nuevo Pontificio y ahora es sargento, al cabo de dos años de servicio. El vizconde de Kerckove le respondió lo que queda dicho acerca del motivo porque las tesis adolecían de vaguedad.

Decíase que es preciso moralizar al obrero, dejarle que santifique el domingo, que no se aisle mucho de la familia: todo esto es muy santo y muy bueno, pero como decía Mr. D'Hemptinne y los que tienen conocimientos prácticos en la materia.—¿Green Vds. que el obrero se contentará con eso? El obrero quiere ser socio. El Catolicismo y el derecho civil le dicen—el fabricante ha hecho contigo un contrato de alquiler ó condiccion, en pagándote responde como el padre de familias—¿no te he dado el salario en que convine contigo?—nonne ex donario convenisti mecum (San Mateo cap. 20)? Pero el socialismo y la economía moderna le hablan al oido:—Ese fabricante gana mucho, te explota la explotación del hombre por el hombre es una infamia.—Entonces el obrero dice:—yo no soy un jornalero, yo quiero ser socio tuyo, intervenir en lo que ganes y que me des una parte de las ganancias.—Y cuando yo pierda, repone el fabricante, ¿entrarás á las pérdidas? ¿Y

cuando yo no venda renunciarás á tu salario? ¿Entonces de que comerás?—Lo que sobre esto se ha dicho en Malinas no es lo suficiente para cortar esta cuestión, que es la que, casi al mismo tiempo, se ha debatido en Lausana. El Congreso ha resuelto que todos estos males provienen de haber olvidado los deberes que el Catolicismo impone á los fabricantes y á sus obreros. En eso ya estábamos antes del Congreso; y pudiéramos decir con una frase española:—Para este viaje no necesitábamos alforja.

Lo mismo sucedió con lo relativo á la santificación del domingo. Propuso un Cura párroco, en mi juicio con mucha razón, que los ricos y los señores dieran el buen ejemplo de ir con sus familias á la Misa parroquial, y citó nobles demostraciones en este concepto. Un señor belga que había allí, salió por el registro de que él y sus hijos no iban á la Misa parroquial, porque no entendían el sermón en flamenco. Si yo fuera vizcaíno ó catalán tendría vergüenza de ignorar el dialecto ó lengua de mi país. El hablar francés y no hablar flamenco es una de las cosas que más comprometen la amenazada independencia de Bélgica.

Algunos de los presentes manifestaron que se debía acudir á los Gobiernos católicos para hacer cumplir la santificación del domingo, otros abundando en las ideas del Padre Jacinto, se opusieron á que se apelara á este recurso. Uno de los españoles presentes terció en el debate, alegando lo dicho arriba y lo que el Gobierno español hace en este momento por recomendación de la Santa Sede. Esto cogió tan de nuevas á todos los presentes, como si se dieran noticias de Monomotapa. También al hablar de las obras de caridad y modo de fomentarlas se habló mucho de las Señoras de la Misericordia (Dames de Misericordie) que, bajo la dirección del señor Canónigo Molder de Malinas, principian á propagarse por Bélgica con mucho fruto. Estas congregaciones no son otra cosa que las conferencias de Señoras de San Vicente de Paul, que existen ya en España hace doce años y con aprobación de la Santa Sede, de manera que por ese lado, España lleva ventajas. También esta noticia les cogió de nuevas á los concurrentes.

En mi juicio,—y entrando ya á tratar acerca de la fisonomía del tercer Congreso de Malinas—para esta comunicación de noticias es para lo que principalmente puede servir un Congreso católico. Los de Alemania, que se celebran hace más años y con más frecuencia, se concretan principalmente á estos puntos prácticos y locales: en vez de ser internacionales, como los de Malinas, son solamente alemanes y tienen el colorido particular del país. No así los de Malinas que teniendo un carácter de generalidad adolecen naturalmente de todos los inconvenientes que la generalización lleva consigo. Los elementos preponderantes allí son el belga y el francés: más de una tercera parte del Congreso se compone de clérigos belgas y franceses; estos, que no pueden hablar con libertad en su tierra, van á Bélgica para decir allí lo que en su país no podrían decir. Bajo este concepto el Congreso es un desahogo del Catolicismo oprimido en diferentes puntos, y no es de extrañar que los oprimidos hablen mucho de libertad.

Por otra parte, sirve también para fortalecer á los tibios y animar á la juventud á defender el Catolicismo, sobreponiéndose á los respetos humanos. Es lo cierto que el Catolicismo en Bélgica ha perdido mucho terreno desde 1850, á pesar de los grandes beneficios de su decantada libertad. La francmasonería manda y reparte los destinos. El Rey es católico, pero su Gobierno no lo es: el Rey no es francmasón, pues su madre, Princesa virtuosísima, poco antes de morir ella le hizo jurar que no se haría francmasón; pero con todo, tiene siempre sobre su cabeza á la francmasonería, como la espada de Damocles. Las apostasias y deserciones para conservar destinos ó obtenerlos son frecuentes en los jóvenes y en los que no son jóvenes. El Congreso católico sirve para reanimar en el país el sentimiento católico, y la presencia de los Prelados y de los extranjeros notables que vienen al Congreso reanima, exteriormente al menos, este fervor. Así me lo decía un Jesuita belga, testigo bien imparcial en la materia, á quien yo manifestaba mis recelos acerca del escaso fruto que esperaba del Congreso, y sabiendo que en él había alguno que otro católico de esos que van á Misa casi todos los domingos.—¿Qué atmósfera tan clerical tiene este Congreso! decía un francmasón muy versado en economía política.—Por fortuna, los pocos, muy pocos, de este género que había en el Congreso desaparecieron al tercero ó cuarto día y se marcharon cantando bajito. Pero, por otra parte, cuando se ve que á la comunión general que tuvieron el último día los socios de San Vicente de Paul apenas acudieron ciento, esto descorazona, pues

AP. PRACT. DE LOS PRINCIPIOS TEÓRICOS... des calculando por un hecho reciente. Cuando Italia insurreccionada en nombre de la nacionalidad quería ser independiente de Austria, los diputados tudescos, reunidos en Frankfurt, querían la unidad alemana en virtud del mismo principio, y los emisarios secretos de la joven Europa trabajaban enérgicamente por una y otra nacionalidad. No parecía que la Dieta germanica debía respetar su propio principio en la unidad italiana, y que el marxismo tudesco debía favorecer a sus hermanos cisalpinos? Y, sin embargo, no sucedió así: la unidad alemana comprendió lo mucho que perdía cercenando las fuerzas de Austria. Y el principio en que se fundaba todo el trabajo de la Dieta era el Mein patria su verdad combatida en el Po. La razón la misma la ves; los principios no son otra cosa que ideas para los modernos; las ideas no son mas que suertes; lo positivo, lo real es lo que toca al bolsillo, y el bolsillo de los modernos tudescos que ganaba en Alemania con el poder de Austria, se veía amenazado en Italia por la emancipación de los lombardos. Por consiguiente, la unidad nacional era un derecho en Alemania y un deber en Italia.

1.098. He aquí, lector, lo que son para esta gran nación los principios, el derecho, la inviolabilidad de los pueblos, etc., pura palabrería para encumbramientos, y elementos de discordia; pero la verdadera, lo importante es dar la ley al mundo; lo que quieren es engrandecerse y proponer. En tales circunstancias ¿se atreverá a esperar que disminuyan los ejercicios permanentes? Baste podrá suceder entre principios absolutos abrumados por el peso de semejantes ejercicios, no impelidos por los delitos del pueblo y deseosos de engrandecerse con las artes de la paz. No hay quien no se acuerde de la primera y célebre frase de Napoleón III al subir al trono: *el Imperio es la paz*. Pero cuando la forma de gobierno invita a todo el pueblo a tomar parte en las deliberaciones, y el principio epiteliano se embriaga con la idea de las grandezas materiales, siempre se encuentra entre los ricos é indolentes un buen número de diputados tan ardientes para invitar a la guerra como prudentes para no exponer su palajo. Así, pues, el estado de guerra es permanente

DE LOS GOBIERNOS LIBERALES... Y la disminución de los ejercicios es un puro efecto de la leontología. Calentado el entusiasmo con la evidencia de los números un general senador la imposibilidad de mantenerlos, un terrible *delenda Carthago* sostenido el ejército apetecido por el ministerio, pues vuelto a estar en vigor la antigua y bárbara idea, segun la cual el ejército no es otra cosa que la nación reunida y puesta en movimiento. En la vida de los pueblos germánicos... el ejército era la nación reunida y en marcha (2). Si hay alguna diferencia, consiste en que se llama ejército a la fuerza asalarada, y el resto de la nación es una milicia sin sueldo. Las leyes de 9 y 12 de Diciembre de 1790, que son las primeras que después de las tres razas han proclamado una aceptación oficial, salían del carril de las rutinas y decían con más justicia, pero en estilo más vago: *El ejército francés es una fuerza habitual sacada de la fuerza pública y destinada esencialmente a luchar contra los enemigos de afuera (3)*.

1.099. ¿Habéis comprendido? ¿tenéis necesidad de otro intérprete? Me parece que el lenguaje no puede ser más claro; Francia, y después de ella todas las naciones modernas, han vuelto a la felicidad de las horas bárbaras: *El ejército no es más que la nación puesta en movimiento*. La nación siente por naturaleza que debe tender a la felicidad; sabe por las doctrinas utilitarias que la felicidad consiste en el engrandecimiento.

DE LOS GOBIERNOS LIBERALES... Muchacho se ha declarado contra el dicho de Hobbes, según el cual el verdadero estado natural del hombre es la guerra de uno contra todos. Pero si estas declaraciones son naturales en labios de un católico, son por el contrario en extremo irracional en los de un heterodoxo que aceptando el principio de aquel ímpio, es decir, la independencia absoluta del hombre, quiere fijar según su razón el objeto, los medios y los derechos de la propia felicidad, le disputa después el derecho de conquistársela donde quiera que la encuentra. Hobbes era más lógico; y tra todos los demas, son más lógicos que aquellos amigos de la paz, que en nombre del egoísmo protestante quieren desarmar a los pueblos privándoles del único medio con que podrían conquistar grandeza y riqueza, ó sea felicidad (utilitaria).

1.100. Pero tened en cuenta que en una época de transición en el hervor de las revoluciones, es imposible evitar toda irregularidad de hecho. Ayrton.—Lo comprendo; pero esta época de transición es un poco larga, y se admite aun fuera de las revoluciones, puesto que Cavour quiere continuarla en el Piemonte hasta que llegue á suhygar al Clero; y según el profesor Melegari, lleva sesenta años de duración en toda la Europa continental, y aún no hemos llegado a la legalidad. Lector.—La culpa la tiene el carácter intranquilo de los franceses, que no nos dejan un momento de luz, y la reacción retrógrada que... Ayrton.—Oh! sencillez; para otras instituciones podrá servir esta excusa; pero para la guardia nacional no me parece que tiene la menor fuerza. Así me parece propio que la guardia nacional sea por su naturaleza un verdadero cuerpo deliberante. Lector.—Esta sería la mayor de las contradicciones. Ayrton.—Pero si no debiera, ¿cómo haría para defender a la nación contra el Gobierno? Sin deliberar no se obra. Lector.—Pero de quién las recha? Ayrton.—De la nación. Lector.—Pero la nación no tiene otro órgano de sus actos que el poder ejecutivo, del cual depende el movimiento de la fuerza. Lector.—Si, pero en este caso la guardia ciudadana debe obedecer a las Cámaras. Ayrton.—En este caso, ¿ah! ¡En este caso! Pero si la guardia

DE LOS GOBIERNOS LIBERALES... Ayrton.—No puedo disimularos cierta sinistra impresión que me produce oír (y lo digo á cada paso) que estas instituciones útiles por vía de *medidas excepcionales*, ¿es posible que siempre se haya de recurrir á las excepciones para sacar provecho de las Constituciones modernas, cuando una de las promesas más pomposas de los constitucionales es siempre la *legalidad constante*, la *abolición de todo privilegio*, la *igualdad ante la ley*, etc., etc. Lector.—Pero tened en cuenta que en una época de transición en el hervor de las revoluciones, es imposible evitar toda irregularidad de hecho. Ayrton.—Lo comprendo; pero esta época de transición es un poco larga, y se admite aun fuera de las revoluciones, puesto que Cavour quiere continuarla en el Piemonte hasta que llegue á suhygar al Clero; y según el profesor Melegari, lleva sesenta años de duración en toda la Europa continental, y aún no hemos llegado a la legalidad. Lector.—La culpa la tiene el carácter intranquilo de los franceses, que no nos dejan un momento de luz, y la reacción retrógrada que... Ayrton.—Oh! sencillez; para otras instituciones podrá servir esta excusa; pero para la guardia nacional no me parece que tiene la menor fuerza. Así me parece propio que la guardia nacional sea por su naturaleza un verdadero cuerpo deliberante. Lector.—Esta sería la mayor de las contradicciones. Ayrton.—Pero si no debiera, ¿cómo haría para defender a la nación contra el Gobierno? Sin deliberar no se obra. Lector.—Pero de quién las recha? Ayrton.—De la nación. Lector.—Pero la nación no tiene otro órgano de sus actos que el poder ejecutivo, del cual depende el movimiento de la fuerza. Lector.—Si, pero en este caso la guardia ciudadana debe obedecer a las Cámaras. Ayrton.—En este caso, ¿ah! ¡En este caso! Pero si la guardia

1.101. Lector.—Pues esta es que es buena *milicia liberal*. ¿Quién puede incurrir en el error de confundir estos dos términos? ¿No veis que condecar la deliberación a la fuerza armada sería propiamente destruir por su base todo el edificio constitucional, cuya estructura descansa precisamente en la necesidad de dividir los poderes? ¿Qué seguridad de libertad habría si el que tiene la fuerza tuviese al mismo tiempo el derecho de mandar? Ayrton.—Pues no es esto cabalmente lo que habéis aplaudido á la guardia palermitana? ¿No fué esto en efecto la que movió al Parlamento, ¿la que dió la ley al Gobierno? Lector.—Sea enhorabuena; pero este es uno de aquellos casos excepcionales de que hablabamos poco há, y que no debían tomarse como estado normal de la institución.

DE LOS GOBIERNOS LIBERALES... Ayrton.—No puedo disimularos cierta sinistra impresión que me produce oír (y lo digo á cada paso) que estas instituciones útiles por vía de *medidas excepcionales*, ¿es posible que siempre se haya de recurrir á las excepciones para sacar provecho de las Constituciones modernas, cuando una de las promesas más pomposas de los constitucionales es siempre la *legalidad constante*, la *abolición de todo privilegio*, la *igualdad ante la ley*, etc., etc. Lector.—Pero tened en cuenta que en una época de transición en el hervor de las revoluciones, es imposible evitar toda irregularidad de hecho. Ayrton.—Lo comprendo; pero esta época de transición es un poco larga, y se admite aun fuera de las revoluciones, puesto que Cavour quiere continuarla en el Piemonte hasta que llegue á suhygar al Clero; y según el profesor Melegari, lleva sesenta años de duración en toda la Europa continental, y aún no hemos llegado a la legalidad. Lector.—La culpa la tiene el carácter intranquilo de los franceses, que no nos dejan un momento de luz, y la reacción retrógrada que... Ayrton.—Oh! sencillez; para otras instituciones podrá servir esta excusa; pero para la guardia nacional no me parece que tiene la menor fuerza. Así me parece propio que la guardia nacional sea por su naturaleza un verdadero cuerpo deliberante. Lector.—Esta sería la mayor de las contradicciones. Ayrton.—Pero si no debiera, ¿cómo haría para defender a la nación contra el Gobierno? Sin deliberar no se obra. Lector.—Pero de quién las recha? Ayrton.—De la nación. Lector.—Pero la nación no tiene otro órgano de sus actos que el poder ejecutivo, del cual depende el movimiento de la fuerza. Lector.—Si, pero en este caso la guardia ciudadana debe obedecer a las Cámaras. Ayrton.—En este caso, ¿ah! ¡En este caso! Pero si la guardia

1.102. Esa heterodoxa y contradictoria libertad, si bien ha invidio, más ó menos, toda la sociedad europea, ya lo hemos demostrado muchas veces y lo repetimos nuevamente, no tiene órgano más adecuado, entre los Gobiernos que los de los sistemas representativos. No debéis por consiguiente maravillarte de que bajo esas formas se recurra á los modernos sistemas representativos el principio heterodoxo, tanto más lozano debe ser su fruto natural, el dispensarse despoisimo militar. Considera al ministerio constitucional en relación con el orden interno, político ó civil, y siempre la verás obligado á aumentar el ejército hasta donde sea posible. 1.103. ¿Lo ves en el orden civil? A un lado te se presenta un pueblo de descontentos, agitado por un deseo constante de novedades y alucinado por una prensa para la cual la maledicencia contra el Gobierno no es un vicio, sino un bien, una necesidad, un deber. Las facciones descubiertas y las sectas secretas lo han reducido completamente á una organización casi militar, y si algún ciudadano honrado se ha escapado de los compromisos de los partidos, se le engancha y se le arma para la milicia nacional. En medio de un pueblo de semejante naturaleza, donde todo es ríbia de partidos en el corazón y todo milita en la organización, ¿que remedio te queda al ministerio que tiene que sigilar á ese pueblo, sino formar otro pueblo apartado en los cuarteles, animándolo del espíritu contrario de obediencia, aumentando y armando hasta que sea capaz de resistir á todo ataque? 1.104. Pues más que esto sucede aun en el orden político, en que á la fuerza de las muchedumbres se agrava el derecho de soberanía. En un pueblo que no se crea soberano la rebelión es un delito; y si es promovida por las pasiones puede esperarse un momento lúcido en que la conciencia

DE LOS GOBIERNOS LIBERALES... Ayrton.—No puedo disimularos cierta sinistra impresión que me produce oír (y lo digo á cada paso) que estas instituciones útiles por vía de *medidas excepcionales*, ¿es posible que siempre se haya de recurrir á las excepciones para sacar provecho de las Constituciones modernas, cuando una de las promesas más pomposas de los constitucionales es siempre la *legalidad constante*, la *abolición de todo privilegio*, la *igualdad ante la ley*, etc., etc. Lector.—Pero tened en cuenta que en una época de transición en el hervor de las revoluciones, es imposible evitar toda irregularidad de hecho. Ayrton.—Lo comprendo; pero esta época de transición es un poco larga, y se admite aun fuera de las revoluciones, puesto que Cavour quiere continuarla en el Piemonte hasta que llegue á suhygar al Clero; y según el profesor Melegari, lleva sesenta años de duración en toda la Europa continental, y aún no hemos llegado a la legalidad. Lector.—La culpa la tiene el carácter intranquilo de los franceses, que no nos dejan un momento de luz, y la reacción retrógrada que... Ayrton.—Oh! sencillez; para otras instituciones podrá servir esta excusa; pero para la guardia nacional no me parece que tiene la menor fuerza. Así me parece propio que la guardia nacional sea por su naturaleza un verdadero cuerpo deliberante. Lector.—Esta sería la mayor de las contradicciones. Ayrton.—Pero si no debiera, ¿cómo haría para defender a la nación contra el Gobierno? Sin deliberar no se obra. Lector.—Pero de quién las recha? Ayrton.—De la nación. Lector.—Pero la nación no tiene otro órgano de sus actos que el poder ejecutivo, del cual depende el movimiento de la fuerza. Lector.—Si, pero en este caso la guardia ciudadana debe obedecer a las Cámaras. Ayrton.—En este caso, ¿ah! ¡En este caso! Pero si la guardia

1.105. Ayrton.—No obstante, la *portentosa institución* no libró de la *metralle* á los ciudadanos libres, cuando Collet d'Herbois se le antojó ametrallar á los lionenses. Lector.—Bien, bien; en los tiempos del terror, ya se sabe, todo estaba desbarajustado. Ayrton.—¿En los tiempos del terror, ya se sabe, que en Sassari, mientras el *pueblo soberano* andaba haciendo cosas dignas de un rey? ¿cuántos años hace que se creyó prudente desarmarle y reducirle á la condición de esos Soberanos reinar y no gobernar? ¿cuántos años de obediencia, ¿no se ha hecho otro tanto con la guardia nacional de Cagliari? Lector.—Exactísimo; pero ¿por qué no se promovieron tumultos? Ayrton.—Pues precisamente; no es el momento en que debía garantizarse al pueblo la libertad? Lector.—Este es cabalmente el oficio de la guardia nacional; pero no porque haya faltado alguna vez, debemos desconocer los servicios importantísimos que ha prestado en otras mil circunstancias. ¡Ah! si os hubierais encontrado en Palermitano, cuando por espacio de meses y meses vivía aquel buen pueblo casi á merced de los asesinos que los aterrorizaban

DE LOS GOBIERNOS LIBERALES... Ayrton.—No puedo disimularos cierta sinistra impresión que me produce oír (y lo digo á cada paso) que estas instituciones útiles por vía de *medidas excepcionales*, ¿es posible que siempre se haya de recurrir á las excepciones para sacar provecho de las Constituciones modernas, cuando una de las promesas más pomposas de los constitucionales es siempre la *legalidad constante*, la *abolición de todo privilegio*, la *igualdad ante la ley*, etc., etc. Lector.—Pero tened en cuenta que en una época de transición en el hervor de las revoluciones, es imposible evitar toda irregularidad de hecho. Ayrton.—Lo comprendo; pero esta época de transición es un poco larga, y se admite aun fuera de las revoluciones, puesto que Cavour quiere continuarla en el Piemonte hasta que llegue á suhygar al Clero; y según el profesor Melegari, lleva sesenta años de duración en toda la Europa continental, y aún no hemos llegado a la legalidad. Lector.—La culpa la tiene el carácter intranquilo de los franceses, que no nos dejan un momento de luz, y la reacción retrógrada que... Ayrton.—Oh! sencillez; para otras instituciones podrá servir esta excusa; pero para la guardia nacional no me parece que tiene la menor fuerza. Así me parece propio que la guardia nacional sea por su naturaleza un verdadero cuerpo deliberante. Lector.—Esta sería la mayor de las contradicciones. Ayrton.—Pero si no debiera, ¿cómo haría para defender a la nación contra el Gobierno? Sin deliberar no se obra. Lector.—Pero de quién las recha? Ayrton.—De la nación. Lector.—Pero la nación no tiene otro órgano de sus actos que el poder ejecutivo, del cual depende el movimiento de la fuerza. Lector.—Si, pero en este caso la guardia ciudadana debe obedecer a las Cámaras. Ayrton.—En este caso, ¿ah! ¡En este caso! Pero si la guardia

1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el poder ejecutivo se empeña en concentrar su ejército, la guardia nacional no puede impedirselo. 1.106. Ayrton.—Luego ya veis cómo esta institución flaquea en su intento de ser tan aguerrida como la tropa permante? Lector.—Pues entonces es una fuerza sin fuerza. Ayrton.—Sin fuerza propiamente no puede decirse. Lector.—Cuestiones de palabras! llamémosla, pues, una fuerza insuficiente. Lector.—A decir verdad, conozco que si el

añadido nuevamente la terrible palabra nacionalidad, que hi- riendo hasta las fibras más recónditas del corazón del pueblo pone en comunicación a los ciudadanos de todas clases, y en des- órden todas las razas humanas. Esto, que el periódico El Esta- tuto de Florencia (1) llamaba un hecho nuevo en la historia moderna, por el cual todas las nacionalidades divididas aspi- ran irresistiblemente a reunirse en una sola, se bien en cierto sen- tido puede llamarse uno de esos vocablos encantadores con que la revolución tiende a subvertir el orden público tiene sin duda una base en el estado actual de paganismos de nuestra sociedad, como lo tuvo en la antigua sociedad pagana. Abolida la idea católica é introducido el protestantismo, bajo el cual toda nación crea por sí misma su propio derecho como su propia conciencia, no se envilece por aceptar la norma de su conducta de una Potencia extranjera, de los servidores de un cura; todas las naciones conocen que serán respetadas en cuanto pueden hacerse respetar con el ejército. Así lo leen escrito por la diplomacia europea, porque el principio hete- rodoxo sancionado por la paz de Westfalia abolió en Europa la unidad de creencias y de voluntad; así lo ven ejecutado en la práctica, porque ¿qué valor tienen los Principes pequeños? frente de las grandes Potencias que escriben los protocolos? ¿Qué otro medio tienen aquellos para engrandecerse después de haber acumulado sus hombres y su dinero, sino reunirse con otros pueblos y formar uno solo con ellos? Esto es preci- samente lo que se llama el principio de nacionalidad: agrupa- ción de pueblos que esperan engrandecerse bajo el auspicio de un título de una genealogía.

1.097. La manía de engrandecimiento material se va, pues, infiltrando poco á poco, no ya solo en los Gabinetes y en los Parlamentos, sino con el auxilio de estos hasta en la muchedumbre, á quien los diputados y los periódicos embau- can perfectamente con tales ideas, falsas ó exageradas de grandeza nacional. El valor que estas tienen en Europa pue-

394 AP. PRÁCT. DE LOS PRINCIPIOS TEÓRICOS
cambio, en la preponderancia y en el dominio: se encuen- tra en la alternativa de la *oponencia* en que la coloca la supe- rioridad, ó la esclavitud que la pone á merced de otro pue- blo. Con tal condición eleva al mando á un ministro respon- sable y le intimas que gobierna á la bujanda, pero que la conduce á costa de cualquier sacrificio á la victoria. ¿Qué pedirá, pues, semejante Gobierno á la omnipotencia de los diputados? «Dadme cuanto oro y soldados tengáis.» Dicho y he- cho: se autoriza á los ministros para sacar todo el dinero que hay y para tomar prestado lo que falta; se le autoriza para que reclute hombres, y violenta las vocaciones, fomenta los matrimonios y sugiera la manía de guerrear en todo imperbe- estudiantillo y en todo alumno de colegio. Y si después de tantos esfuerzos todavía no somos bastante fuertes, se recur- ra á la genealogía de los pueblos, se arrina el orden inter- nacional y el derecho de los antiguos gobernantes para que nuestra nación no ceda en nada á los demás pueblos europeos y sepa hacerse respetar con el cañon, ya que calla el dere- cho y enmudecen las conciencias. A un ministro que oye esto de sus mandamientos, ¿os atreveréis á acusarle de despota ó de despiellarrador?

Inclinad la frente y doblad el cuello bajo ese yugo, ¡oh modernos encomiadores de la libertad! Reconoced con Vitalini que el despotismo es todavía indispensable para nuestra sal- vación (1). Sólo falta que provenga de buenas garantías á la libertad vaciante, y de esto tratamos en el párrafo si- guiente.

(1) Vitalini, El amor de Italia, págs. 134.

395 AP. PRÁCT. DE LOS PRINCIPIOS TEÓRICOS
no delibera, ¿cómo hará para conocer que éste es el caso de soberano es la reunión de ambos?
LECTOR.—Cuando el Rey ofende al Estado y hace traición á la nación, entonces á las Cámaras toca mandar.
AUTOR.—Sea enhorabuena; pero ¿cómo hará la guardia na- cional para saber que el Rey es un traidor, sin deliberrar? ¿No podrá hacer también traición á la nación la Cámara de repre- sentantes? Supongo que no queréis decir que los represen- tantes son incapaces de hacer traición, ó al menos de errar, cuando cabalmente para prevenir este error se atribuye al po- der ejecutivo el derecho de elegir la Cámara y á los electo- res el de cambiar de diputados. Por consiguiente, ó la guardia nacional tiene que deliberrar ó tiene que obrar á ciegos y ser quizás instrumento de opresión y tiranía. Y, ¿qué sería después si la misma guardia nacional, que deciais poco há que es esencialmente honrada y defensora del orden, se dejase per- vertir y amenazase la tranquilidad pública?
LECTOR.—¡Bah! Eso es imposible; tantos padres de familia, ricos, comerciantes, empleados...
AUTOR.—¿Qué cándido sois! Cualquiera diría que nunca habeis leído un periódico. ¿Acaso no decia la *Gaceta* Tri- nense que por decreto de 8 de Marzo fué elegida la guardia nacional de Strasburgo para demostraciones demagógicas? ¿No anunciaba hechos semejantes el *Risorgimento* en otros pun- tos de Francia? ¿No dijo *La Abaja de Viena* que el coronel y el teniente coronel de la guardia nacional de Potiers presen- taron su dimisión fundada en la imposibilidad de mantener la disciplina? ¿No se desarmó la guardia nacional del alto Garona por un decreto de Diciembre de 1851? ¿No ha dicho el *Risorgimento* que toda la guardia nacional de España es contraria al orden público? Y en fin, ¿por qué el general Durando ha desarmado recientemente la guardia de Sassari y de Cagliari? ¿Vease, pues, en qué condiciones se encuentran esos Gobiernos! ¿La guardia esencialmente honrada es el es- panto de la sociedad!

396 AP. PRÁCT. DE LOS PRINCIPIOS TEÓRICOS
penas, pues tantas eran las faltas á las llamadas, pero esto mismo prueba cuán onerosa era esa milicia para el pobre pueblo. Mas aun sin recurrir á la frecuencia de las penas, harlo lo demuestran las no menos frecuentes instancias y recursos contra las decisiones de los Consejos de disciplina, sobre todo por esención de servicio.
1.107. LECTOR.—Pero, amigo mio, os vais á rebuñsar to- dos los registros reaccionarios; yo tambien creo...
AUTOR.—Aquí se trata de hechos, no desmentidos por na- die, y los hechos, cuando son verdaderos, porque se cuentan por los reaccionarios ó por los liberales, no dejan de ser hechos. Pero supongamos que semejante institución pueda con- seguir su objeto sin tanto agravio; ¿no veis que es contraria al principio en que vosotros mismos habeis fundado la necesidad de un ejército permanente? ¿No habeis reconocido que el Gobier- no tiene este ejército para poder contener á los perturbadores del orden, por numerosos que sean? Y vosotros mismos, ¿qué cosa tan bonita! queréis al pueblo armado para que pueda re- sistir á la fuerza permanente. ¿Qué ventaja encontraréis, pues, en esta fuerza dispendosa y peligrosa, si al fin queréis redu- cir á la impotencia contra el pueblo?
1.108. LECTOR.—El ejército permanente, hablando pro- piamente, no está destinado, como os he dicho, para contener al pueblo, sino para combatir á los extranjeros; el orden inte- rior está confiado á la guardia nacional.
AUTOR.—Pues idlo á contar á los franceses, que si no hu- bieran tenido ejército, no sé á qué punto hubieran llegado cuando con todo su ejército apenas pudieron escapar del es- terno, y aun les cuesta trabajo el mantenerse firmes contra la horda de canibales comunistas.
LECTOR.—No puede negarse, y por esto precisamente es im- posible tener la tropa en las fronteras. En muchos casos (1) la República francesa se ha visto en algunos de los puntos de línea segura á la nación contra los revoltosos, á quienes la sola milicia ciudadana guza no hubiera podido dominar. En semejantes circunstancias, ¿cómo había de asegurarse el or- den público si el ejército estuviera en las fronteras? Hay para

(1) Eche de Mont blanc, 5 de Diciembre de 1851.

398 AP. PRÁCT. DE LOS PRINCIPIOS TEÓRICOS
quea por diferentes lados y no sirve para el objeto que se quiere, que es asegurar al pueblo contra la opresión. Así, pues, no solo es una institución inútil, sino perjudicial. Añ- ómonda, porque si no reanun en la guardia nacional á los ociosos y bagandinos, ¿de qué gente se va á componer? Ya se sabe; de ampladores, de gentes de negocios, de artesanos, personas todas cuyo trabajo es necesario al público, y mas que necesario á sus familias. Extraña cosa en verdad, que ciertos economistas á quienes los parecen excesivos doos dias de fiesta consagrados á las prácticas religiosas, á los estudios liberales, á las relaciones civiles y al descenso del pobre pueblo, extraña cosa repito, que tales economistas hagan tan poco caso de la interrupción extraordinaria del trabajo cada semana al manejo de las armas. Haced bien el cálculo y veréis que tenia razón el diputado Menbrva cuando en la Cámara platonica decía: «No sería difícil demostrar que la guardia nacional, considerada económicamente es mucho más gravosa al Estado que el mantenimiento del ejército perma- nente (1).» Y si acude al cartón la juventud imberbe, ¿qué lán ganando la educación y la moral pública? Y si en el oto del cartón considerara el operativo que es más cómodo jugar y trincar que dar marmitillas y cepillar, ¿no resultaría demasiao cara una institución por otra parte inútil? Por todas estas ra- zones creo que se ha encontrado tanta penitencia en la organi- zación de la milicia nacional, que ha sido preciso recurrir á po- neres no leves para obligar á los romisos. De esto tenais un ejem- plo en Génova, en donde la *orden del día* del 15 de Mayo de 1851, hace alusión á esas penas. Y sabéis que son esas penas? He aquí como se lamenta de ellas un genovés: «No podemos aprobar, decía, la costumbre de extraer la pena de los »presos con la prohibición de llevar un simple colchon para la noche y de comprar los alimentos que les acomodan, cosas que no se prohiben ni á los condenados á trabajos forzados.» No puede negarse que la negligencia podía merecer algunas

(1) Eche de Mont blanc, 5 de Diciembre de 1851.

399 AP. PRÁCT. DE LOS PRINCIPIOS TEÓRICOS
disuada al pueblo de revelarse. Pero los sistemas políticos modernos, citando al pueblo la diadema de soberano, le han concedido el derecho de insurrección á mérito y de la fuerza.
1.095. Pasa la frontera si se lo permite ese es el punto de bayonetas que la rodea. ¿Y qué verás? Verás á los pueblos vecinos enseñados por el *Esprit de las leyes* (1) á mover guerras al límite, por justo é injusto que sea, siempre que su creciente prosperidad y poder parezcan peligrosos al suspiro político. Y la doctrina del antiguo magistrado francés fué confirmada poco há por Lamartine. «Francia, dice, no puede tolerar que una Potencia de segundo orden situada á sus puertas se convierta de repente en Potencia de primer orden; no lo puede tolerar sin sospecha...» Francia (2). «Caso debe apoderarse de dos prendas: Niza y Saboya (3).» Me dirás que hoy los ministros no son ni Montesquieu ni La- martine; pero te contestaré que que en el sistema constitucional son algo peor; son un dado echado al aire, inconstante como la multitud, incierto como la fortuna. Hoy es ministro Stanley ó Guizot ó d'Azeglio, y podemos vivir tranquilos; pero mañana pueden volver un Palmerston, un Thiers, un Rattazi y poner fuego á los cuatro ángulos de Europa. En semejante incertidumbre ¿qué político esperará á formar su ejército cuando sea tiempo de llevarlo á campaña? Cuando un Rey reina y gobierna, conociendo su carácter, ya sabe á qué aten- nerse mientras viva, pero la frecuencia de los cambios minis- teriales no deja en materia de tropas otro camino que seguir que hacerse sordo, no digo á los *Congresos de la paz*, sino, lo que es más serio, á la penuria de la Hacienda y al gemido de los pueblos.
1.096. Y como si no bastase este elemento de perpetua agitación para hacer necesarios los grandes ejercicios se ha

399 AP. PRÁCT. DE LOS PRINCIPIOS TEÓRICOS
no faltan en la milicia ciertos lados rifeños, capaces de se- renar con una sonrisa el celo feoz de Marte.
Uno de esos lados se nos presenta en la fuerza militar de los Estados modernos cuando la consideramos en los dos órde- nes en que se divide. Para explicarte mi pensamiento permítte- me que como otras veces entre contigo por algunos instantes en familiar entretenimiento.
Si yo fuese un capitano que creyese ilícito el armarse para la guerra, ¿qué argumento emplearías para convencerme de lo contrario?
En. Lector.—Os diria que no siendo otra cosa la autoridad social que el derecho de dirigir por el camino del bien á la multitud, debe tener necesariamente el derecho de usar hasta de la fuerza contra quien no obedezca á la autoridad. Ahora bien, la fuerza para contener á la multitud debe ser más fuerte que la multitud misma, ó al menos que aquella parte que puede no ceder á la razón y al derecho; de otro modo sería inútil la institución natural y divina de la autori- dad. Luego la autoridad tiene el derecho de mantener tanta fuerza armada que pueda dominar cualquier malicia de la multitud.
1.101. En. Lector.—¿Y qué dirías si yo teclase vuestra

(1) Montesquieu: Espíritu de las leyes, lib. X, cap. II.
(2) Lamartine: El pasado, el presente y el porvenir de la re- pública.
(3) Lamartine: El pasado, el presente y el porvenir de la re- pública.